

SANCHIS y la memoria común

Juan Mayorga

Hace unos días, cuando felicitábamos a José Sanchis por la concesión del *Premio Nacional de Literatura Dramática*, sus primeras palabras eran para los miembros del Teatro del Común. Ellos estrenaron, bajo su dirección, *Terror y miseria en el primer franquismo*. Conviene recordar que el Teatro del Común está formado no por actores profesionales, sino por profesores y alumnos de la tan castigada enseñanza secundaria. Quienes los vimos interpretar la obra de Sanchis todavía les estamos agradecidos por habernos recordado el valor enorme de un teatro entendido como arte hecho por gente para la gente. Estoy seguro de que muy pronto *Terror y miseria* será llevado a escena por grandes actores profesionales y en las mejores condiciones materiales. Pero ojalá que no se olviden aquellas otras, tan humildes y al tiempo tan nobles, en que fue estrenada, ni la voluntad —política y moral, como la de su autor— de quienes la llevaron a escena por primera vez.

En efecto, el *Premio Nacional de Literatura Dramática 2004* se ensayó en un instituto madrileño. La imagen de profesores y alumnos desentrañando juntos los secretos de un texto teatral y poniéndolo en pie me hace pensar en aquella idea de la enseñanza que defendía Walter Benjamin. Según éste, la escuela no ha de ser el lugar donde una generación domine sobre otra, sino el espacio donde dos generaciones se encuentren. El encuentro de dos generaciones en torno al texto de Sanchis tiene un valor especial, derivado del carácter asimismo especial de dicho texto, en que se condensa el esfuerzo de memoria —no hay memoria sin esfuerzo; la memoria siempre viaja a contracorriente— de un español nacido en 1940.

Sanchis hace memoria convencido de que no hay futuro sin ella. No en balde ha dedicado a sus nietos —*A Lucas y Diego en el futuro*— esta gavilla de estampas de la vida española entre 1939 y 1953. Sólo conjurando el olvido —nos dice— podemos entender el presente y escoger un futuro. De ahí el imperativo *Prohibido olvidar*. De ahí la necesidad de un teatro de la memoria. Sanchis ya lo practicó en *!Ay, Carmela!* y en la *Trilogía americana*. Pero acaso sea *Terror y miseria en el primer franquismo* el texto en que se hace más visible su empeño de convertir la escena en un lugar para la rememoración.

Los más cercanos a Sanchis saben que este proyecto ha acompañado a su autor durante más de dos décadas. Hasta el punto de que pueden diferenciarse en él, por así decirlo, distintos «Sanchis» atendiendo a las preocupaciones formales que interesaban al dramaturgo en el momento de escritura de cada pieza. Sanchis escribe *Intimidad* y *El anillo* en 1979; *Atajo*, en 2002. Entre aquellas piezas y ésta, nos ofrece otras seis, cada una escrita conforme a un plan dramático diferente. Pero por debajo de esa diversidad dramática, en todas las piezas reconocemos una misma mirada, compasiva hacia las víctimas e indignada hacia sus verdugos. Sanchis contempla con esa mirada un país en que no sólo los alimentos, sino también la razón y la palabra estaban racionadas. Un país lleno de ausencias: las de los caídos, las de los depurados por el espíritu nacionalcatólico, las de los que marcharon al exilio, las de los exiliados interiores... Como su maestro Brecht al radiografiar el régimen nazi en *Terror y miseria en el Tercer Reich*, Sanchis ha mostrado hasta qué punto la violencia y la corrupción penetraban la vida cotidiana en aquella España gobernada por los golpistas del 36. Hasta qué punto la paz era la continuación de la guerra por otros medios.

La Guerra Civil y el franquismo contuvieron un proyecto de olvido. Muchos, y muy poderosos, continúan trabajando en ese proyecto de desmemoria. Esfuerzos como el de Sanchis le hacen resistencia. Pero que sea un puñetazo contra la amnesia —que siempre empieza por las víctimas— y la amnistía —que suele empezar por los verdugos— no debe ocultar los valores propiamente artísticos de esta obra. En ella —en la construcción de personajes, espacios y tiempos, en el manejo de la palabra y del silencio, en su capacidad para convocar la inteligencia del espectador, en su sentido para lo tragicómico— encontramos los rasgos que han hecho de Sanchis un gran dramaturgo.

Terror y miseria en el primer franquismo es, en fin, una obra teatral importante, que nos entregará muchos buenos días de teatro. Como los que ya nos ha dado gracias a la gente —común, pero extraordinaria— del Teatro del Común. Los mejores compañeros que ha podido tener Sanchis en su viaje hacia el terror y la miseria de nuestro pasado. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

